

LUIS MOLLÁ

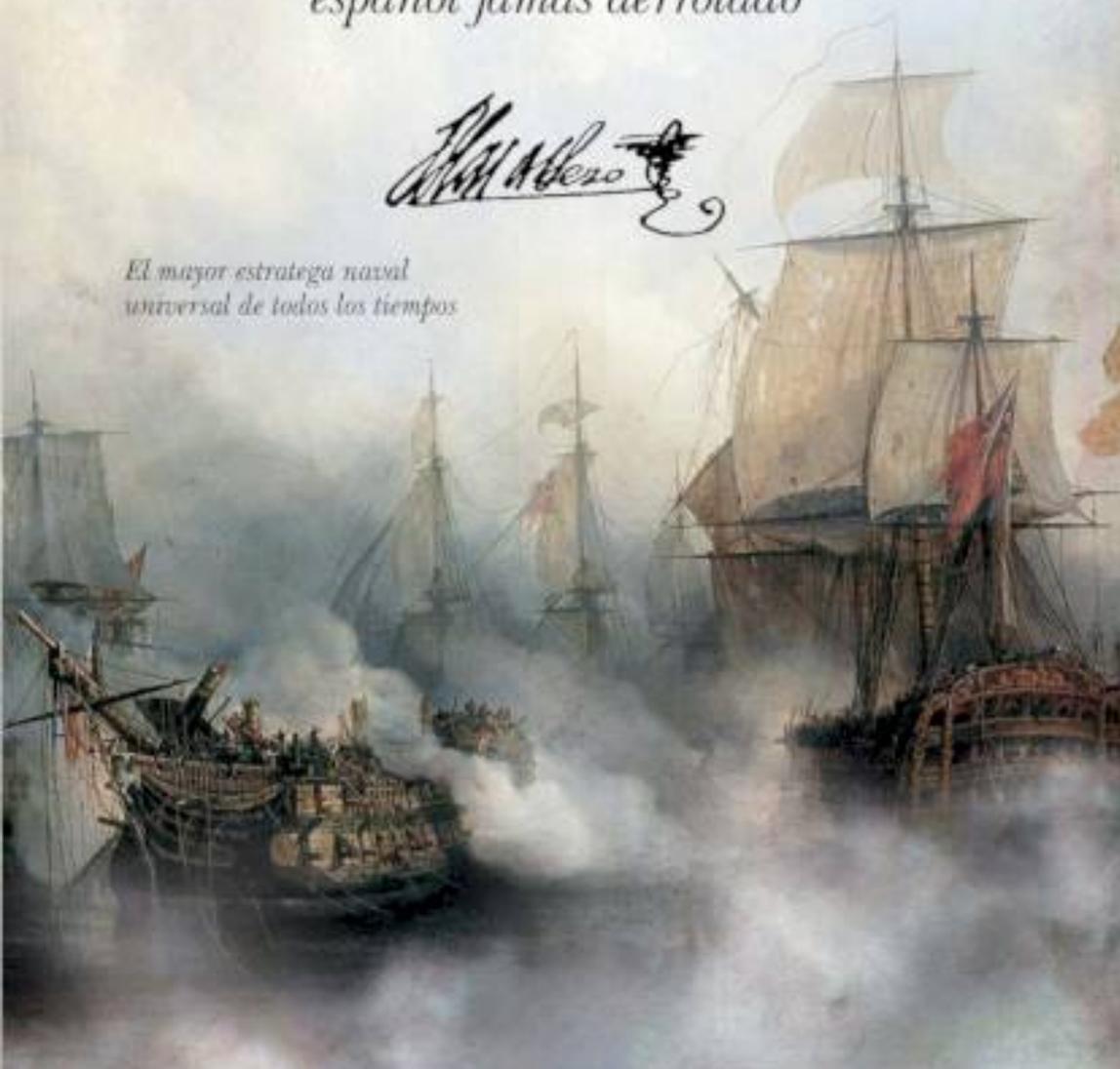
El

ALMIRANTE

*La odisea de Blas de Lezo, el marino
español jamás derrotado*

Blas de Lezo

*El mayor estratega naval
universal de todos los tiempos*



Blas de Lezo, el almirante, cojo, manco y tuerto que logró una victoria determinante sobre los ingleses en Cartagena de Indias, alcanzó las cimas del escalafón de la Armada a una edad tan temprana que puede que no hayan existido casos semejantes en la dilatada historia de la institución naval.

Lezo se vio obligado a ejercer el mando de buques y agrupaciones navales en los escenarios bélicos más difíciles de imaginar y en circunstancias, casi siempre combates al cañón, que no permitían dudar ni hacer concesiones que pudieran ser aprovechadas por esos zorros de los mares que han sido siempre los marinos ingleses.

Más allá de su larga lista de virtudes como hombre y como marino, y también con sus imperfecciones, que las tuvo como cualquier ser humano, la figura de Blas de Lezo se identifica con la de un líder militar extraordinariamente heroico y con la de un entrañable ser humano que a los españoles no debería movernos a otro sentimiento que el de un enorme y sanísimo orgullo.

Las heridas y mutilaciones recibidas por nuestro personaje en la batalla naval de Vélez-Málaga, en la defensa del castillo de Santa Catalina, en Tolón, y durante el asalto a Barcelona en 1714, a consecuencia de las cuales quedó cojo, tuerto y manco, son completamente veraces. Con cada parte de su cuerpo que se fue dejando en los combates en los que participó, ganó un pequeño trozo de gloria para España. Gracias a la defensa de Blas de Lezo en Cartagena de Indias, quinientos millones de centro y suramericanos hablan hoy la lengua española en lugar de la inglesa.

*La literatura es
una mentira
que nos puede ayudar
a comprender la verdad*

INTRODUCCIÓN

Don Blas de Lezo y Olavarrieta representa una figura indispensable de la historia de España a la altura del Cid Campeador, el Gran Capitán o cualquier otro personaje de tintes épicos de la rica historiografía nacional. Como los dos ejemplos expuestos, el Almirante fue uno de esos militares honrados a carta cabal que a pesar de ganar todo tipo de batallas, en los más diversos frentes, a los enemigos de España, se vio cruelmente derrotado en el cuerpo a cuerpo con la propia administración española, razón por la que su figura no ha tenido la relevancia histórica que debería corresponderle.

La hoja de servicios de don Blas está mutilada o incompleta, lo que significa que algunos hechos de su vida no podemos sino extrapolarlos de leyendas o tradiciones que han llegado hasta nosotros transmitidas de generación en generación. En realidad y tratándose de un marino de su talla, podríamos decir que su vida es un océano en el que apenas tenemos visibilidad en ciertas islas menores que suponen los hechos contrastados, correspondiéndose la mayor parte de su biografía con el misterio inherente a la inmensidad de los mares. Este detalle, que convierte en una aventura más que complicada, si no imposible, el intento de abordar su biografía en condiciones, permite a un escritor atrevido acometerla con ciertas garantías al precio de rellenar sus vacíos con las indispensables dosis de fantasía mesurada.

El Almirante no es, por tanto, ni pretende ser una novela histórica, sino un libro de aventuras centrado en un personaje real cuya vida se reconstruye alrededor de un número más o menos alto de elementos históricos contrasta-

dos. Las heridas y mutilaciones recibidas por nuestro personaje en la batalla naval de Vélez-Málaga, en la defensa del castillo de Santa Catalina, en Tolón, y durante el asalto a Barcelona en 1714, a consecuencia de las cuales quedó cojo, tuerto y manco, son completamente veraces, como también lo es el hecho de que debido a esas taras fue apodado «mediohombre» por sus compañeros de armas, alias que aunque nunca rechazó, no era de su agrado. Sí encajaba de mejor grado, por el contrario, el apodo de «Anka Motz» (pata de palo en vasco) que procedía de los marineros, vascos como él, con los que compartía la misma suerte en la rutina de la mar y sobre los que ejercía un profundo liderazgo.

Terminada la Guerra de Sucesión, con la incorporación al trono de España del primer Borbón, llegaron también, entre otras cosas, las ordenanzas militares francesas que reservaban a los empleos más altos de la Armada la misma denominación que se daba a los del Ejército, por lo que en el momento cumbre de su vida, la defensa de Cartagena de Indias contra los ingleses, la graduación de Lezo era la de teniente general, aunque a efectos narrativos y para mantener la solera de su condición de hombre de mar, he preferido referirme a él como almirante, otorgándole a título literario el empleo que le hubiera correspondido en nuestros tiempos.

Tras su épica victoria sobre Edward Vernon en Cartagena de Indias, en la actual Colombia, circula que el vicealmirante inglés, que comunicó a Londres antes del final de la batalla una victoria que en realidad nunca llegó a producirse, fue represaliado, expulsado de la Armada británica y su nombre quedó proscrito de la historia de Inglaterra, hecho que no solo no sucedió, sino que el que recibió tan injusto castigo fue precisamente Blas de Lezo, el vencedor en la batalla de Cartagena y en otros más de veinte combates anteriores, la mayor parte de las veces contra los ingleses, resultando la triste paradoja, tan carpetovetó-

nica por otro lado, de que el único combate del que salió derrotado fue el que sostuvo contra los gobernantes de su propio país.

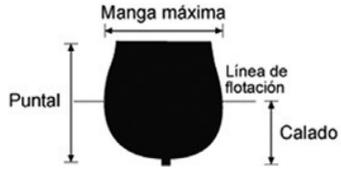
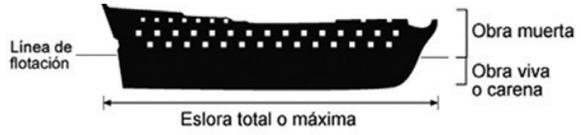
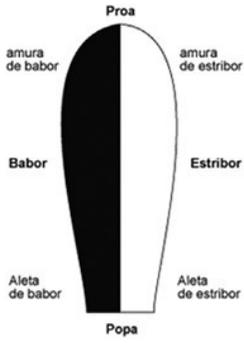
Afortunadamente, hoy la figura de uno de nuestros militares más emblemáticos y heroicos, y que tan denostado fue en su tiempo, está siendo restaurada poco a poco y los españoles empiezan a saber quién fue Blas de Lezo en unos momentos en que la crisis por la que atraviesa nuestro país, que no es únicamente económica, hace que nuestra sociedad esté más necesitada que nunca de este tipo de líderes, para, recordándonos quienes fuimos, permitirnos soñar con quienes podríamos volver a ser.

Hoy la figura de don Blas está siendo reivindicada como corresponde a sus muchos hechos y méritos, y aunque todavía no en cantidad suficiente, está recibiendo una serie de homenajes por parte de la sociedad española que hasta cierto punto compensan el olvido sufrido durante siglos. Sin embargo, es opinión de este autor que la guinda que falta a estas distinciones sería una película que honrara y divulgara en su justa medida al personaje, y liberara al cine español, al mismo tiempo, de los complejos en los que ha permanecido anclado durante demasiados años. En consecuencia, el autor ha elegido un estilo literario que centre la trama en el protagonista y los hechos que le son propios, alejándose en cierta medida de otros aspectos y personajes colaterales que permitan fijar y resaltar la figura del almirante vasco al modo de un guion cinematográfico.

En las páginas que siguen a esta introducción el lector encontrará un personaje fascinante que, pareciendo de ficción, es completamente real, aunque los detalles de los que se verá rodeado sean en algunos casos producto de la fantasía del autor. Blas de Lezo alcanzó las cimas del escalafón de la Armada a una edad tan temprana que dudo que hayan existido casos semejantes en la dilatada historia de la institución naval, viéndose por tanto obligado a

ejercer el mando de no pocos buques y agrupaciones navales en uno de los escenarios bélicos más difíciles de imaginar y en circunstancias, casi siempre combates al cañón, que no permitían dudar ni hacer concesiones que pudieran ser aprovechadas por esos zorros de los mares que han sido siempre los marinos ingleses. Más allá de su larga lista de virtudes como hombre y como marino, y también con sus imperfecciones, que como cualquier ser humano también las tuvo, la figura de Blas de Lezo se identifica con la de un líder militar extraordinariamente heroico y con la de un entrañable ser humano que a los españoles no debería movernos a otro sentimiento que el de un enorme y sanísimo orgullo.

*A mi madre, que subió al cielo cuando este libro
estaba a punto de ver la luz.
Y a mis hermanos, su mejor obra.*





A Blas de Lezo,
gracias Almirante
por pelear por España.

Estatua de Salvador Amaya
en la plaza de Colón de Madrid.

1

PASAJES DE SAN PEDRO,
MAYO DE 1698

La nave enfiló la bocana de la ría de Pasajes con las velas flameando al viento, aunque a buena velocidad. El centenar de paisanos que esperaban su llegada respiraron profundamente. El resplandor de la hoguera del cabo de la Plata había avisado de su llegada y más tarde los espejos confirmaron su identidad, sin embargo eran tantas las veces que aquel angosto brazo de mar en el que las dulces aguas del río Oiasso se abrazaban con las saladas del Cantábrico se había convertido en el escenario de los peores combates, desde los ataques de los vikingos muchos siglos atrás a los de cualquiera de los enemigos de España en épocas más recientes, que cuando el *Aingura*^[1] hizo por fin su aparición, el suspiro contenido de la aldea se elevó hacia las alturas del monte Ulía como si se tratase de una oración.

Respondiendo a la etimología de los barcos de su clase, el *Aingura* era una pinaza construida enteramente en madera de pino. Se trataba de una embarcación pequeña, de cubierta corrida, popa cuadrada y tres palos: el trinquete, en el que arbolaba una vela cuadra con los blasones de la familia propietaria de la nave, el mayor, con dos velas igualmente cuadradas en la más alta de las cuales se repetían los blasones, y el mesana, con una vela latina o triangular que recogía garbosamente los vientos popeles. Un barco de construcción relativamente reciente como denunciaban los grumos que todavía se formaban en su

madera, aunque su verdadera edad era imposible de calcular, pues había sido tomada por la fuerza a sus propietarios originales, un grupo de holandeses que habían asolado la costa vasca unos años atrás con la mala ocurrencia de haber rapiñado en Orio una partida de txacolí de la que decidieron disfrutar fondeados frente al promontorio de Tellaizarra aprovechando la bonanza de la noche.

Los holandeses nunca volvieron a ver la luz del sol. Suponiendo que estarían borrachos, un par de balleneras de Pasajes, conocedores sus habitantes de la incursión en Orio, asaltaron la nave durante la noche y pasaron a cuchillo a los piratas. En vista de que habían tomado el barco mientras se encontraba plácidamente fondeado, los pasaitarras decidieron renombrarlo como *Aingura*, ya que su nombre original resultaba excesivamente difícil de pronunciar incluso para ellos, acostumbrados a la nomenclatura vasca más enrevesada. Tras la correspondiente subasta, el *Aingura* pasó a ser propiedad de Pedro Francisco de Lezo y Lizárraga, que con título de capitán de la Armada había servido a la patria con honor durante más de 20 años, siendo su intención a partir del momento en que se hizo con los servicios de la pinaza continuar sirviéndola bajo patente de corso.

Al llegar al pequeño muelle de la aldea el propio Lezo fue el primero en desembarcar. Después de gritar un par de órdenes a Patxi Nanclares, su fiel contra maestre y hombre de confianza, se fundió en un abrazo con su familia y amigos. Allí estaban Casimiro Pereira, nacido en Pontevedra, aunque hacía muchos años que empuñaba la vara de la municipalidad pasaitarra, Juan de Sabaña, vicario parroquial, Miguel Mújica, propietario de la fábrica de harina, Pedro Urquidi, Presidente de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, con sede en la localidad, José de Leizaur, caballero de la orden de Santiago que no daba un paso sin consultar con su mujer, María Teresa de Cobarrubias, y así hasta una docena larga de amigos inseparables

a los que acostumbraba a confiar a su familia cuando salía a *guerrear*, como solía decir él mismo. Y naturalmente allí estaba también su familia, empezando por Agustina de Olavarrieta, su esposa, flanqueada por sus padres y suegros, Francisco de Olavarrieta y Magdalena Ubillos, y Francisco de Lezo y Pérez de Vicente y Rafaela de Lizárraga. Correteando entre ellos y tratando de abrazar al padre, sus hijos no disimulaban la excitación que les producía el feliz regreso del patriarca. Manuel Alberto, Agustín Cruz y Pedro Francisco ya habían cumplido 13, 12 y 11 años respectivamente, y aunque eran brillantes estudiantes aún no habían mostrado inclinación por ningún tipo de profesión en concreto. Con solo tres años, Joseph Antonio tiraba del faldón del marsellés de su padre insistiendo en que abriera el arcón con el que solía embarcar para sus periplos marineros y en el que acostumbraba a guardar los objetos más pintorescos cuando se daba la captura de algún buque, y por su parte, María Josepha y Theresa Antonia, las más púberes con excepción de María Joaquina, que con solo dos meses de edad dormitaba en su canasto de mimbre, jugaban a unir las palmas de sus manos al compás de una vieja canción vasca que probablemente todos los presentes habían cantado alguna vez.

En el ascenso de la comitiva a la casa de los Lezo, en la calle de San Pedro, en cuyos jardines estaba previsto celebrar el feliz regreso del paterfamilias asando una ternera joven, el capitán se detuvo y cogió en brazos a su hijo Joseph Antonio, al que tenía un cariño especial por haber heredado el nombre de su hermano del mismo nombre fallecido de fiebres dos años atrás.

—No hijo. Lo siento. No hemos encontrado en la mar enemigos ni piratas con los que batirnos. Sin embargo —el padre hizo una seña a Roberto, su paje, que portaba el arcón—, creo que es posible que encontremos algo dentro del cofre.

Tras rebuscar en el arcón, el padre extrajo una figura de madera que mostraba a un oficial de la Armada blandiendo el sable y que el chico tomó entre sus manos sin disimular un gesto de decepción antes de entregárselo a su madre. En ese momento y tras dejar a Joseph Antonio en el suelo, el padre paseó la vista entre sus hijos reparando en que faltaba uno de ellos.

—Dónde está Blas —preguntó buscando la respuesta en los ojos de su madre, que le devolvió la mirada con una sonrisa.

—¿Dónde crees? —terció el padre Sabaña apuntando a la pinaza amarrada al pequeño muelle de la aldea.

Una risa espontánea se levantó de entre el grupo cuando vieron al pequeño Blas encaramado a la parte baja de la jarcia de la *Aingura* sujeto por los brazos del viejo Sebas, su amigo inseparable, que trataba de evitar que el chico trepara a las alturas. El agudo silbido nacido de los labios del contraamaestre Nanclares, que se había unido al grupo que ascendía por la cuesta de San Pedro, hizo que Blas desistiese de sus intenciones y descendiese la plancha como un galgo para correr a echarse en brazos de su padre, mientras el pobre Sebas trataba de seguirlo agitando la cabeza y haciendo gala de una ostensible cojera.

—Padre —exclamó el niño alborozado cuando se vio en brazos de su progenitor—. ¿A cuántos enemigos habéis rendido?

—Aquí está mi muchacho —exclamó el capitán alzando el menudo cuerpo de su hijo—. De modo que prefieres jugar con Sebas antes que venir a besar a tu padre.

—Claro que no —respondió Blas con dificultad desde su postura en el aire—. Sebas prometió enseñarme el barco. De no ayudarme a cumplir su promesa habría ido directamente al infierno.

Todos volvieron a reír ante la ocurrencia del chiquillo, en el momento en que Sebas lograba unirse al grupo con evidentes síntomas de fatiga.

–Demonio de muchacho –exclamó congestionado por el esfuerzo–. Lleva semanas soñando con este momento.

–Adora a su padre –terció doña Agustina con un mohín de ternura.

–Digamos que al menos tanto como a la *Aingura* –rio el capitán reiniciando la marcha hacia la casa.

Algunos quisieron continuar la chanza y buscaron al pequeño Blas con la mirada, pero este había descubierto la talla de madera que tan poco había entusiasmado a su hermano y se batía con ella contra un enemigo invisible.

Mientras tanto, el capitán caminaba ofreciendo el brazo a Sebas para ayudarle a sostenerse en pie, mientras atendía alguna confidencia del fiel amigo de su hijo Blas, cuarto de la larga prole del matrimonio Lezo Olavarrieta.

Sebas era un hombre entrado en los cuarenta que de joven se había ganado la vida en los balleneros hasta que una estacha quedó enganchada a su pie y al coger tensión le descalabró la pierna hasta el punto que hubo de serle amputada y sustituida por una de madera. A partir de aquel trágico momento dejó de navegar, empleándose primero en la propia factoría de ballenas de Pasajes y más adelante en la conservera de bonito, pero lo suyo era el contacto con la mar y con independencia de los trabajos en los que se empeñase para ganarse la vida, solía vérselo a menudo por el muelle ayudando a los pescadores a remendar sus redes y confeccionar sus sedales antes de afrontar la marea. A pesar de su tara, el mundo de Sebas seguía siendo la mar y aunque ya no pudiera ejercer el oficio de marinero, le gustaba sentarse en la taberna a recordar viejas historias y escuchar las de los que seguían haciendo de la mar su modo de vida. La primera vez que vio al pequeño Blas bajar la cuesta de San Pedro hasta el pequeño muelle pensó que se había perdido y se ofreció a devolverlo a su casa, pero pronto se dio cuenta de que, como él, el niño llevaba el mar en las venas y a partir de ese momento pasaban largas horas juntos, tiempo en el